

Carta de Argentina

En los primeros días de agosto, cuando Europa cae en lo más profundo del letargo estival, en Argentina se han acelerado repentina e imprevistamente los tiempos políticos, y aun cuando hablar de zafarrancho en el tablero pueda resultar exagerado, sí puede afirmarse que el realineamiento de efectivos es tan importante que ha dado lugar a un replanteo a fondo de las estrategias de los contendientes.

Los dos principales partidos de oposición han sellado una alianza bautizada significativamente como Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación (ATRAJE). La centenaria Unión Cívica Radical (U.C.R.), del ex presidente Raúl Alfonsín, y el joven Frente para el País Solidario (FREPASO), se han unido con vistas al largo plazo si hemos de creer las declaraciones de sus dirigentes, que aseguran que el objetivo de competir con posibilidades de éxito en las elecciones para legisladores de octubre no es más que una meta intermedia. La mira, según ellos, apunta por elevación a las elecciones presidenciales de 1999 y al programa para gobernar a partir de esa fecha.

Después de más de un año de intentos frustrados por los recelos mutuos, tras haberse abortado, por lo menos en una ocasión, el acuerdo que parecía concluido, cuando se había abandonado toda tratativa y el desaliento de los ciudadanos ante el espectáculo poco edificante que representan los actores de la política oficialista, se volvía desesperanza ante el egoísmo de los que debían intentar el cambio, se iniciaron conversaciones inesperadas y vertiginosas, y en cuatro días de reuniones a destajo se selló la alianza.

La Unión Cívica Radical es un partido con una organización sólida, que ha resistido todos los intentos de regímenes autoritarios por destruir o amordazar las voces discrepantes. Emergió del largo período de dictaduras, dictablandas y semidemocracias que duró de 1930 a 1983, con vigor suficiente para ganar al peronismo la primera elección libre celebrada tras los oscuros setenta en que gobernó el feroz sindicato militar. Fue un tiempo lleno de dificultades, durante el cual el gobierno de Raúl Alfonsín, que tuvo el valor de juzgar a los jefes de las juntas militares, a la postre se sintió demasiado débil para enfrentar las presiones a que lo sometieron el

poder militar, que sólo había sido derrotado a medias, los poderes económicos y la oposición justicialista que no siempre se comportó con lealtad. El gobierno radical salió adelante sin brillantez, con penosas concesiones a los enemigos de la democracia, como las leyes de «punto final» y de «obediencia debida», pero consiguió su objetivo prioritario de preservar el sistema democrático y asegurar la continuidad constitucional.

El Frepaso no es un partido con aparato, militantes e implantación territorial, como lo es la U.C.R. Es un «partido mediático», adaptado al modo de competencia virtual propio de la nueva democracia ecuménica. Tiene cuadros escasos y su atractivo es el de sus dos figuras emblemáticas: Carlos «Chacho» Álvarez, proveniente del peronismo progresista, y Graciela Fernández Meijide, profesora de sesenta y cinco años, sin antecedentes políticos, que adquirió experiencia en los organismos de derechos humanos de los que formó parte tras la desaparición de un hijo durante la dictadura militar. Estos dos dirigentes, que no desdeñan el contacto directo con los ciudadanos, muestran, no obstante, su perfil sobresaliente, a través de la pantalla de televisión. «Chacho», entusiasta, sanguíneo, no exento de habilidad negociadora, intuitivo, es un buen comunicador mediático que conecta con sus televidentes. No obstante ser ambicioso supo dar un paso al costado para ceder lugar al protagonismo de la estrella en ascenso: Graciela Fernández Meijide.

«Graciela», como se la conoce popularmente, poseedora de un sólido sentido común que inspira confianza, es una representante químicamente pura de la clase media urbana de la Argentina; es decir, la clase culta y pujante, descendiente de europeos en primera generación, que consolidó y democratizó el proyecto nacional de los déspotas ilustrados de final del siglo XIX pero que, desgarrada por contradicciones internas, fue incapaz hasta hoy de colocar al país en el rumbo de un progreso sostenido.

Entre los líderes de la U.C.R. hay que destacar al ex presidente Raúl Alfonsín, quien mantiene reflejos políticos suficientes para haber sido capaz de comprender que si no se ponía a la cabeza de los que impulsaban la alianza, a la que se había opuesto tozudamente, corría el riesgo de pasar a la historia como capitán de la derrota.

Junto al «socialpopulista» Alfonsín hay que subrayar las personalidades de Fernando de la Rúa, jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, conservador moderado y dialogante; de Rodolfo Terragno, culto e inteligente, liberal en lo económico y progresista en lo social; y de Federico «Freddy» Storani, el que mejor conecta ideológicamente con el Frepaso y el más a la izquierda de los jefes de la U.C.R., a medio camino entre los laboristas de Tony Blair y los socialistas de Lionel Jospin.

Por el momento, la ATRAJE pone en peligro la hegemonía justicialista cuya continuidad se daba por segura a principios del año. En sus primeras declaraciones públicas, la Alianza manifestó una voluntad regeneracionista

en materia de ética de la función pública, ningún propósito de modificar el modelo económico aunque sí la vocación de atender las necesidades de la población a través de políticas redistributivas, así como un apoyo a la pequeña y mediana empresa a fin de atacar una de las lacras más recientes y graves que sufre el país, el paro, consecuente estructural de la reconversión económica que está en marcha en el mundo y que abarca a la Argentina. En resumen, puede decirse que con la Alianza sopla una brisa aromatizada con las nuevas esencias a la francesa y a la inglesa, que trata de barrer los aires envejecidos del tardo thatcherismo que el populismo conservador menemista se empeña en mantener estancados sobre estas tierras del Sur.

Para finalizar este tema, y como dato de último momento, consigno que las primeras encuestas presurosas, y seguramente poco afinadas, tras la constitución de la Alianza, dan ventaja a ésta sobre el justicialismo.

Mi reciente regreso a la Argentina, después de más de veinte años de residir en Europa, la mayor parte de ese tiempo en España, me ha depurado sorpresas en relación con el país que dejé a mi partida y el país imaginario que mi memoria construyó durante la ausencia. He tenido dificultades de comunicación. Una vez superada la perplejidad ante este escollo imprevisto, recuperado el método de observación y análisis de la realidad que aprendí gracias a una carrera universitaria científica, pero sobre todo por mi ejercicio de novelista, realicé un modesto estudio de campo personal que me permitió atisbar cuáles eran las causas de la desintonía. Como esto es una carta, no un ensayo, abreviaré ciñéndome a las dos que considero más importantes: a) el lenguaje de mis compatriotas se ha empobrecido; b) los argentinos ya no saben lo que es la ironía.

Los argentinos con instrucción universitaria e incluso secundaria se expresaban tradicionalmente con fluidez y un vocabulario rico. He comprobado que los nuevos argentinos con el mismo nivel de educación tienen serias dificultades para transmitir lo que piensan. No dominan las estructuras del lenguaje oral, mucho menos las del escrito, y no encuentran la palabra apropiada para expresar su idea. Acuden a comodines imprecisos y a perífrasis vagas que, además de hacer torpe su discurso, son poco eficaces para lograr el objetivo de la comunicación. Abogados, médicos, economistas, físicos, dan toda la impresión de conocer su materia pero que no consiguen transmitir lo que saben a los demás. Este deterioro no se manifiesta en un *degradé* temporal, sino que es abrupto y afecta a partir de la banda de los cuarenta a cuarenta y cinco años, o sea que irrumpe con aquellos que cursaron la universidad durante la dictadura militar. Probablemente el efecto que comento no sea sino una metástasis del fenómeno global de la cultura de la imagen y el desprecio por la palabra, pero nuestro caso tal vez esté agravado por el empobrecimiento que resultó de la «limpieza étnica» que la dictadura de los años setenta hizo en los claustros de la universidad argentina.

La otra comprobación, la que tiene que ver con la ironía, está relacionada con la anterior. La ironía es una sutileza del espíritu que se manifiesta en el discurso. Un salto, un abordaje oblicuo de la realidad que al distorsionarla unos grados la destaca con límites precisos y crudeza sin concesiones, pero que al mismo tiempo, por provocar la sonrisa, permite un acercamiento piadoso a ella. La ironía, rasgo de la inteligencia evolucionada, de la que el pueblo se había apropiado haciendo que su lenguaje se cargara de humor. Hoy el discurso, y por ende el pensamiento, se han vuelto más rudimentarios, y la ironía me deparó sorpresas desagradables a mi llegada: mis interlocutores no me entendían y manifestaban indiferencia, en el mejor de los casos, o sospechaban que me estaba burlando de ellos, en el peor. Tuve que censurarme, del mismo modo que tuve que hacerlo al llegar a España cuando comprendí, al poco tiempo de haber llegado, que la ironía era, cuando menos, inconducente, en un país cuyo estilo de humor es el sarcasmo, a veces feroz, que más que una sonrisa provoca la risa depuradora de bilis. Felizmente, una noche por los boliches de San Telmo en compañía de viejos tangueros, viejas mariposas nocturnas, viejos rufianes a tiempo parcial y viejos mozos de café, atenuó mi desilusión cuando comprobé que en Buenos Aires el pasado todavía está vivo. Mis compañeros, melancólicos, desesperanzados, pesimistas, sin embargo eran capaces de burlarse con ironía de su propio destino.

Un fenómeno comercial que los editores amenazan con globalizar destaca en el panorama literario del país. Se trata del éxito de ventas de la novela *El anatomista* de Federico Andahazi. Más allá de los valores artísticos, que no pongo en cuestión, vale la pena referirse al hecho curioso que disparó la venta del libro. Distinguido con el premio Fortabat, que otorga la fundación del mismo nombre, la presidenta de ésta, sin desconocer la decisión del jurado, hizo público su disgusto por la elección al considerar que la novela no respeta los valores éticos a su juicio vigentes en la sociedad argentina. El tema de la obra son los trabajos de anatomía de Mateo Colombo, médico italiano del siglo XVI, que lo llevaron a aportar las primeras pruebas de la circulación sanguínea y al descubrimiento del clítoris. Lo que sume al lector en el desconcierto, ya que no sabe si el escándalo que dio pie a la declaración condenatoria de la novela fue suscitado por el clítoris o por la circulación de la sangre. El editor, con un ágil esguince comercial, usó las palabras de la presidenta de la fundación para confeccionar la faja del libro. Así logró que el interés ecuánime que puede sentir un lector potencial por determinado tema o autor, se convirtiera en la atracción oscura que proviene del subconsciente y no de la razón.

Jorge Andrade